

DESDE su entronización como vicepresidente, el 6 de diciembre de 1973, Gerald Ford ha visitado treinta y cuatro Estados de la Unión. Infatigable, Ford espera «haber hecho los cincuenta Estados antes de fin de año». Olvidándose, como todo el mundo, del Gerald, doy en el Jerry. Y alzando la voz para que pueda oírme, a pesar del ruido de los reolectores, le digo al vicepresidente: «La gente se pregunta qué es lo que prepara Jerry Ford. ¿Por qué viaja tanto?». Se sobrentiende; prepara el terreno para las elecciones de noviembre, pero al mismo tiempo se prepara para tomar el timón presidencial, trabajando sus cientos populares.

«Ji, jii, ji, jii...». En mangas de camisa, pipa en mano, el vicepresidente se ríe igual que un caballo. Corpulento y flexible como un boxeador —aunque de esa nariz rota tiene la culpa seguramente un partido de fútbol americano—, mandíbula cuadrada, sin dureza, huesudo, pero no esquelético, Ford no representa la edad que tiene: sesenta y un años. Con su acento del Midwest, el vicepresidente responde: «No prepara nada Jerry Ford. Todos los vicepresidentes viajan mucho».

Si, pero algunos más que otros. «Es cierto. Los americanos de hoy sienten la necesidad de escuchar a un portavoz...».

Ford sabe perfectamente que le llaman «segundón», «mediocre», «despreciable». Pero no lo hace el pueblo llano y pasivo, sino los universitarios o el «establishment».

«¿Se siente usted preparado para ocupar la Presidencia si se terciara?».

Con firmeza: «No me cabe la menor duda al respecto».

El avión, un C-135, aparato cisterna transformado, una especie de tubo sin auténticas ventanillas, ha dejado la base militar de Andrews, cercana a Washington, a las 22 horas. Una decena de periodistas, unos cuantos hombres del séquito presidencial, entre ellos, un edecán de la Marina. Frente a Ford, mascando chicle, el representante republicano Jim Collins, banderita americana en el ojal, como Nixon.

En la parte delantera, la tripulación: dieciocho hombres, incluidos los aeromozos, con uniforme rojo y verde. En la cola, la prensa y una quincena de agentes del servicio secreto. Estos últimos, revólver al cinto, juegan a las cartas o echan alguna que otra cabezada. El agente que va sentado a mi derecha, pelo largo, ex profesor de gimnasia, explica:

«Desde la muerte de Kennedy se han reforzado los efectivos en torno al Presidente y al «veep» (vicepresidente)».

Precisamente llegamos a Dallas (Texas), donde hace once años... Se dice que en Texas «nada puede pasarle a uno si es blanco, anglo-

sajón y protestante ("wasp")». Más de mil personas se hallan reunidas, y distribuidas por mesas de a once, en un gran salón dorado: son los dignatarios delegados del Congreso de las iglesias baptistas del Sur. La Iglesia baptista cuenta con unos doce millones y medio de fieles, lo que representa un número casi igual de electores. Constituyen la segunda fuerza religiosa de los Estados Unidos, después de los católicos. Esta secta practica el bautismo por inmersión y cree en una interpretación literal de la Biblia: son protestantes fundamentalistas. La víspera, los congresistas, varones de pelo corto y traje gris, mujeres de cabellos azul malva y maquillaje discreto, tuvieron una violenta discusión en torno a la posibilidad de que la mujer fuera igual al hombre. No se llegó a ninguna conclusión. En la tribuna del Congreso muchos oradores se quejaron del «socio lenguaje» empleado por Nixon, según evidencian los textos de las cintas grabadas.

Jaroy Weber, presidente del Congreso, declaró:

«Lo peor no es el lenguaje, sino el estado de espíritu que revela. Y esa manera de manipular a la gente».

Ford se siente, sin duda, más a gusto en estos Estados alejados de la capital que en Washington, donde evita «atrincherarse». Aquí encuentra al país auténtico, esa

nótono que no pronuncia una palabra más alta que otra. A veces baja incluso el tono de voz. Lleva el texto escrito y lo sigue con bastante fidelidad, aunque tropieza ligeramente en ocasiones. Quiere lanzar «... un llamamiento para reafirmar los valores que han hecho de los Estados Unidos de América la nación más grande del mundo».

Muchos congresistas replten: «Jerry es un buen tipo. No es duro sino puro». Ford sube otra vez a bordo de su avión. «Buena suerte, Jerry», gritan los presentes.

Tres horas más tarde el «veep» y su escolta están en Chicago. Esta vez se dirigen al hotel Conrad Hilton. Una cámara de comercio local ofrece un banquete de beneficencia, a cincuenta dólares cubierto, en beneficio de los «scouts», primeros bastiones de la República. Según se anuncia por los altavoces, se han logrado reunir 260.000 dólares. ¡Hosanna! Se sirven galletas untadas con sirope de arce; los acordes de un órgano eléctrico caen en cascada sobre los hombres de negocios y empleados allí reunidos, varones y blancos casi en su totalidad, mientras jóvenes «scouts» —casi todos ellos negros— desfilan precedidos por una profusión de banderas estadounidenses.

También este acto se comienza por una oración. Después todos escuchan «Los Vencedores», can-

diás un pequeño escándalo. Hay en la región cincuenta mil «scouts». Algunos organizadores del movimiento declararon, sin embargo, que el número total era de ochenta mil, para poder así cobrar subvenciones federales suplementarias. Suma malversada: trescientos mil dólares aproximadamente. Ford-el-honrado no rehúye el problema. Algunos, proclama desde la tribuna, le habían aconsejado evitar Chicago. Pero él se negó a escurrir el bulto. «Para quienes creemos en el "scoutismo" y en los valores que representa ha llegado el momento de defender a esa organización».

Ford fue siempre —y lo sigue siendo— muy «scout». En esta ocasión el vicepresidente se refiere al juramento de los exploradores: «Juro por mi honor hacer lo que esté en mi poder». «Estas palabras —dice— no exigen de nadie la perfección». Apliquemos esto a Nixon, aunque nada en la letanía de Ford dé a entender...

«Los errores de unos pocos individuos...». Sí, la frase cabe aplicarla lo mismo a los «gangsters» «scoutismo» de Chicago que a la crápula de la Casa Blanca, como Haldeman o Ehrlichman. Sin embargo, tanto la presidencia como el «scoutismo» están por encima de toda sospecha. «Ustedes y yo sabemos —afirma Ford— que es completamente ridículo denigrar a la

UN BOY-SCOUT LLAMADO JERRY

«middle» América que contiene en su seno —y desborda— a la mayoría silenciosa.

Ford es episcopaliano. Para un baptista un episcopaliano es un «snob». Pero episcopalianos y baptistas están de acuerdo en lo esencial: la virtud y la tradición. Traje marrón y corbata, el vicepresidente, que no se olvida de señalar que su hijo es «estudiante de teología», es recibido con sereno fervor:

«Nuestro país necesita una mano apaciguadora... Jerry, nos alegra tu presencia».

Jimmy Carter, especie de osezno de pelo encanecido, gobernador demócrata de Georgia, recibe al «veep» en la tribuna. Tras elevar una oración, Ford comienza su discurso. Cesa inmediatamente el ruido de cucharas, y los comensales se disponen a escucharle. La arenga es breve: «Esta mañana quiero hablaros de lo que sí marcha en nuestro país...».

Aplausos. Ford es un orador mo-

do de victoria del equipo de fútbol americano de Michigan, al que perteneció Ford en su juventud. Alguien hace una referencia de lo más inoportuna a esas «cualidades que Lyndon Johnson descubriera en Ford». Algunos asistentes se miran perplejos. Todo el mundo, desde California hasta Nueva Jersey, recuerda dos frases de L. B. J.: «En su juventud, Ford jugó demasiado al fútbol sin casco». Y «Jerry es el único americano incapaz de caminar y mascar chicle a un tiempo». La organización «scout» presenta uno de sus trofeos a un hombre de negocios. Ford dijo en cierta ocasión: «El negocio de América son los negocios». Alguien hace la presentación de un oficial, ex prisionero de guerra en el Vietnam, que ha sido nombrado para ocupar un puesto en la Casa Blanca. Se comulga. Un «scout» presta juramento...

Sobre Chicago, «ciudad de anchas espaldas», como la llamara Carl Sandburg, se ciernen estos

totalidad del gobierno por culpa de los errores de... ciertos individuos». Éxito apoteósico.

A continuación, conferencia de prensa. Los periodistas americanos son más bien coriáceos. Con Ford se muestran, sin embargo, amables, casi cariñosos. El «veep» declara que Kissinger no saldrá del gobierno. «No existe ninguna prueba contra él». Nadie pide a Ford que comente las cartas del FBI o el testimonio de Kissinger ante los senadores del otoño pasado. No está bien causar disgustos a alguien tan noble como Ford. Hay que evitar ponerle en un aprieto. Ford es el único tipo limpio que queda en medio de una Administración podrida. «Un tipo honrado, Jerry».

Cuando se dice, casi con desesoperación, «Jerry es honrado», se quiere significar tres cosas: 1) que todos desean que lo sea realmente; 2) que no ha trampeado como otros para su provecho personal; 3) que es el extremo opuesto, el



Con Jerry Ford, Norteamérica tiene el «veep» —vicepresidente— que se merece y, sin duda, el que muchos americanos desean. Y no sólo el que promovió el Rey Richard, pensando que su viejo amigo le sería fiel sin hacerle sombra. Más allá de las sucias peripecias del Watergate y de las miserables maquinaciones financieras de Agnew, Ford representa la culminación lógica del sistema de presidencia Imperial. (En la foto, Ford con su familia.)

Olivier Todd

contrapunto de Richard Nixon. El actual Presidente siempre ha ido tras el dinero. Además, Nixon desprecia a los hombres.

Jerry se ha mostrado hasta ahora como la antítesis del misterio del político estilo «de Gaulle». Las malas lenguas dicen que si no oculta nada es porque nada tiene que ocultar. Sobre todo desde el punto de vista intelectual. Carece de imaginación y de visión política. La mayoría de los hombres de Estado son en principio esencias que pasan a la existencia al asumir el poder. Ford es un político con una existencia respetable y respetada. Es muy difícil hacer lo que él ha hecho: haberse dedicado al «football» y estudiado Derecho en

Yale, haber sido nombrado representante del conservador Michigan y haber conseguido mantenerse más de veinticinco años en la Cámara hasta convertirse en líder de la minoría republicana, todo ello sin poseer un ochavo.

Tiene Ford una soberbia aunque no gloriosa confianza en sí mismo. Lleva ya mucho tiempo en este paisaje parlamentario. No ha hecho mala carrera. Es archiconservador sin llegar a reaccionario. Es casi demasiado bueno para ser verdad. Una asociación de derechas, denominada Americans for Constitutional Action le concede un 77 por 100 por sus votos en la Cámara. Los Americans for Democratic Action, de tendencia izquier-

distas, le daban entre un 40 y un 50 por 100 a principios de los años cincuenta; un 60 por 100, en 1955, y un 67 por 100 en 1966. Después, su popularidad decae, Ford se pronunció a favor de la intensificación de la guerra del Vietnam. Ford se opuso al salario mínimo garantizado... Sincero o ingenuo, el vicepresidente dice: «En lo nacional tal vez sea el más liberal».

En Washington, en Dallas, en Chicago y en otros lugares, no se sabe verdaderamente qué clase de presidente haría Ford. ¿La función crea el órgano? Si llegase a ocupar el puesto, ¿se crecería hasta alcanzar una estatura que no tiene? Todo dependerá de a quiénes

elija como colaboradores... Ford conservaría, sin duda, a un tipo tan valioso y difícil de encontrar como Kissinger. Si este «veep» llegase a Presidente con motivo de la salida de Nixon o después de las elecciones de 1976, su primer gesto importante sería el de elegir a un vicepresidente. ¿Nombraría a algún camarada? ¿A un amigo competente como Melvin Laird, ex secretario de Defensa? ¿A un joven republicano liberal? ¿O a un demócrata, en la Unión sagrada reconstituida?

Con Jerry Ford, Norteamérica tiene el «veep» que se merece, y sin duda el que muchos americanos desean. Y no sólo el que promovió el rey Richard pensando que su viejo amigo le sería fiel sin hacerle sombra. Más allá de las sucias peripecias de «Watergate» y de las miserables maquinaciones financieras de Agnew, Ford representa la culminación lógica del sistema de presidencia imperial. Tipo de presidencia que tan peligroso desarrollo ha alcanzado desde Roosevelt hasta Nixon, pasando por Kennedy y Johnson. Con Ford volvería a caer a cero.

Algunos observadores, no todos ellos de derechas, manifiestan: el presidencialismo tiene sus inconvenientes, pero ya se verá qué puede dar de sí el parlamentarismo con un Presidente tan ridículo como Ford. A lo que otros replican: lo importante es tener por fin un Presidente honrado. Si Ford no existiese, habría que inventarlo. Hace falta un Lincoln, pero habría que pagar un alto precio. En comparación, Goldwater es un gran teórico del conservadurismo y Eisenhower, un pensador planetario. Cuesta imaginarse a Ford conversando en pie de igualdad con Wilson, Schmidt, Giscard, Chu En-lai. El mundo no es un campamento de «boy-scouts», aunque haya «scouts» capaces de abrir cajas fuertes. Aquí, en Estados Unidos, hay quienes comparan a Ford con Truman; pero Truman era un hombre que había leído algo. «Jerry —dice un íntimo del vicepresidente— no quiere saber nada de libros». Claro que tiene que haber algunos baches dentro de su ignorancia. En cualquier caso, no se le puede catar antes de que se presente a examen. Después de todo, ¿quién hubiera pensado que Nixon iba a ser un día el hombre de la coexistencia con la URSS y de la apertura hacia China?

En el camino de vuelta, antes de aterrizar en Andrews, alguien pregunta respetuosamente a Ford qué piensa hacer. En el horizonte, oscuros nubarrones: Un «Watergate» que nunca acaba, el Próximo Oriente, la crisis energética, la inflación... Ford responde espontáneamente y con gran candor: «Voy a bañarme en la piscina y a tomar un par de martinis».

Americanos, a vuestra salud. ■